



Esta crisis es una **BARBARIDAD**

A una velocidad inusitada, y con un efecto tan global que nos confirma que ya hoy el mundo es un espacio económico único, la crisis financiera ha golpeado de tal manera el sistema que ha forzado a los Estados a reacciones inmediatas más voluntaristas que meditadas. Los Estados se han lanzado a avalar sin reservas los activos morosos o insolventes, a dar dinero en cantidades extraordinarias a entidades en crisis o a comprar acciones a entidades financieras con dificultades. Muy probablemente la reacción anticipada era necesaria, pero su virulencia y su amplitud han creado aún mayor sensación de incertidumbre.

El precio de esta rápida reacción es que hemos perdido la conciencia de lo que estamos haciendo. Se alzan voces por todas partes pidiendo el aval del Estado para cualquier tipo de actividad con dificultades. Si hay dinero para los bancos, por qué no para la industria del automóvil. Si los fondos llegan a los fabricantes de coches, por qué no a los constructores,... Papá Estado ha abierto una bolsa de dinero que no parece tener límite. Los máximos exponentes del liberalismo económico a ultranza no tienen ningún recelo para pedir, y casi exigir, que el anatematizado sector público les saque las castañas del fuego. Es importante tener conciencia de que somos todos los que estamos garantizando las entidades en dificultades; es decir, nuestro patrimonio común, el patrimonio del Estado creado con las aportaciones de los contribuyentes, es el que está respaldando a las entidades privadas. Las cifras pierden el sentido. Si el Gobierno norteamericano lanza un plan de 700.000 millones de dólares, cada ciudadano americano, incluidos los menores de edad, están asumiendo automáticamente una deuda o compromiso por 3.500 dólares. 14.000 dólares para una familia media, comprometidos en una decisión adoptada en pocas horas. La verdad es que da un poco de miedo. Es evidente que no podían dejarse caer una tras otra las grandes entidades financieras pues la depresión sería inmediata por estrangulamiento del sistema y el paso atrás en la economía de decenas años. Pero, no es menos cierto que debemos ser conscientes de lo que nos estamos jugando, todos, en este envite.

Que la prima de riesgo de la deuda del Reino de España sea de un punto más que la del bono alemán, y superior a la apli-

cada a la deuda del Santander o del BBVA, solo puede provenir de la precipitación y la falta de análisis. Un precio a pagar también por esta rápida reacción es que la competencia, que es la base del sistema de libre mercado, se está viendo seriamente afectada. ¿Puede el Santander, atrayendo fondos privados a través de su ampliación de capital, competir con entidades europeas que han recibido cantidades muy superiores a las de su ampliación, de forma prácticamente gratuita y de un día para otro?

Normalmente, en las crisis que hemos vivido hasta ahora, empezábamos por una Bolsa que a través de una bajada drástica anticipaba el cambio de tendencia. A continuación se producían dificultades en la economía real y después, una vez que las dificultades de la economía real habían afectado a la calidad de los riesgos de las entidades financieras, podía producirse una crisis financiera o no, en función de la mejor o peor gestión de estas entidades. En esta ocasión, la Bolsa también anticipó el movimiento (recordemos la llamada de atención del 21 de enero del año pasado), pero a continuación pasamos a una crisis financiera global producida por el miedo generado por el desplome del mercado inmobiliario norteamericano. Y ahora estamos entrando en la fase de crisis de la economía real global, que en algunos casos todavía no sentimos, pues tiene efectos muy distintos según los sectores, pero a la que estamos abocados porque todas las expectativas ya son claramente negativas.

¿UNA ENTELEQUIA?

Creo que fue Greenspan quien dijo que la economía solo puede encontrarse en dos situaciones: el pánico y la euforia, y que se pasa del uno al otro sin solución de continuidad. Es una gran verdad. La crisis financiera ha provocado ya un frenazo tremendo de la actividad económica real. El mero hecho de las malas expectativas ha provocado una caída del 28% de las ventas de coches en nuestro país, la mayor en toda su historia. También las ventas de pisos están congeladas, si bien ahí ha incidido no solo la crisis financiera sino también el rápido desinflado de la burbuja inmobiliaria, que era un problema específico de nuestro país.

Entre las medidas apuntadas, el gobierno insiste, y con razón,

